



EL PENSAMIENTO POÉTICO DE SAINT-EXUPÉRY¹

Salvador Lanas Hidalgo²



I. Un espíritu universal

La tentación por sentirse enviado de los dioses ataca preferentemente a filósofos y poetas. Es cierto que alguno de ellos logra arrebatarse el fuego sagrado y lo comunica a los seres humanos. Pero, esa labor no es exclusiva de un oficio determinado, es diversa, transversal y misteriosa, y se da en cualquier quehacer humano.

Desde los más diferentes campos o áreas de la actividad humana aparecen mujeres y hombres que logran descifrar los signos de los tiempos. Me refiero a esa sensibilidad profunda que los hace aptos para desocultar y develar verdades decisivas de esa realidad misteriosa que es la vida humana.

1 Conferencia dictada en el II Seminario “De la Filosofía a la Literatura” organizado por el Departamento de Artes y Humanidades, Universidad Andrés Bello – UNAB – , Noviembre de 2008.

2 Dr. Salvador Lanas Hidalgo - Profesor Universitario, Director del Programa de Bachillerato en Humanidades y Coordinador del Departamento de Artes y Humanidades, Campus Viña del Mar de la Universidad Andrés Bello UNAB.

Y si lo es un filósofo, también lo es una poeta y una científica, una artista, un obrero, un campesino, incluso un político. Y es que -como dice el canon bíblico- el espíritu sopla donde quiere. Le es dado a algunos seres humanos saber leer aquello que para la mayoría pasa desapercibido.

Ahora, es cierto, que algunos oficios favorecen su ocurrencia, y éstos están asociados con la palabra. Desde la perspectiva de la fe se originan algunas preguntas: ¿Tendrá algo que ver el Verbo, la segunda persona de la Trinidad? ¿Comunica su ser y su verdad de modo eminente a quienes abrazan por oficio la palabra? Ese verbo, ese *logos*, que atraviesa tantas culturas es una interrogante siempre abierta. En la cultura cristiana por cierto es el principio y el fin y todo el camino a recorrer de uno a otro. Pero, en esta ocasión, en esta reflexión caminamos con los medios naturales que nos proporciona la razón; no obstante, sabemos que estamos invadidos por toda la realidad cultural cristiana.

¿Pero, cuál es la clave para sentir que estamos en presencia de un ser humano con las condiciones descritas?

Pensamos que básicamente su esfuerzo, su labor, su descubrimiento lleve de consuno un bien sobre una comunidad y se propague a otras comunidades humanas. O en palabras de Saint-Exupéry, si favorece la plenitud en el hombre y libera al gran señor que en él yacía ignorado. Y esa plenitud, tiene un componente innegable de universalidad.

Seres humanos de todas las condiciones y lugares se han beneficiado con los descubrimientos, progresos e inspiraciones de estos seres humanos que dedican su vida al bien de la humanidad.

Y un último elemento decidor de que estamos frente a un ser humano inspirado es que su impacto al espíritu llega al hombre de a pie, al hombre de la calle, a la mujer sencilla, al ser humano más allá de la estadística.

Si Ud. recorre la Avenida Alemania en Valparaíso y enfila por Ferrari, a la altura del 700 encontrará la Sebastiana, la casa porteña de Pablo Neruda y si continúa bajando por esa misma calle o alguna de las paralelas, sus ojos apenas podrán creer la visión que los invade, Valparaíso en todo su inolvidable esplendor lo acoge y la belleza del mar en el horizonte produce un silencio casi místico y se topará además a toda hora y durante todo el año, con personas de todas las condiciones y nacionalidades que visitan aquel lugar para compartir su magia permanente. Algo similar ocurre con Saint-Exupéry. El autor del *Principito* viene maravillando a múltiples generaciones con su personaje y con sus hondas reflexiones de tono poético.

II. El Pensamiento de Saint-Exupéry y su atmósfera poética.

1-

La vida universitaria ofrece variadas experiencias; una de ellas es la posibilidad de tener maestros, maestros que impactan de tal modo que la mirada ya no es la misma; maestros que abren la mente y el espíritu, agudizan la imaginación y provocan la apertura a nuevos mundos.

El maestro incomparable que nos mostró en todo su magnificencia la figura de Saint-Exupéry, fue Luis López³ allá por la década de los 70 en el Instituto de Filosofía de la Universidad Católica, situ en una calle de adoquines llamada 12 de Febrero, en Valparaíso. Un colega y amigo, José Gandolfo, discípulo muy aventajado del maestro, sostenía que fue Luis López quien proyectó sobre los escritos del hombre de Lyon un haz de luz radiante y enigmática que los puso de golpe y definitivamente en la dimensión del pensamiento-experiencia sin lo cual seguramente el autor y su obra hubieran pasado para nosotros inadvertidos, o en el mejor de los casos, como un ejemplo más de relativa buena literatura.

Pero ¿Por qué sostenemos que en Saint-Exupéry hay un pensamiento?

¿Podemos afirmar que es un pensador o un filósofo? Y si lo es ¿Por qué poético?

Todos, ciertamente, hemos leído esa hermosa narración que es el Principito y la reconocemos como una obra enternecedora y sublime; su sabiduría simple llega a todos los espíritus, en cualquier confín de la tierra. Su contenido es una lección de humanidad y ya se vislumbra en las palabras de sus personajes, especialmente del zorro una profunda reflexión, un pensamiento cuyo correlato substancial es la atmósfera poética. “Adiós –dijo el zorro- He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos”⁴.

Este estilo de pensamiento se acrecienta en otra obra -bella y fina- de su etapa madura, *Tierra de Hombres*⁵: “Si tal religión, si tal cultura, si tal escala de valores, si una forma de actividad determinada favorece la plenitud en el hombre y liberan al gran Señor que en él yacía ignorado, entonces significa que esa escala de valores, esa forma de actividad, constituye la verdad humana”. En esta obra Saint-Exupéry reflexiona sobre el amor a los hombres y a la tierra de los hombres. Amor a los que padecen; no tanto a los que sufren materialmente de hambre y de frío -él conoció el hambre y el frío, la sed y la fatiga extremos- sino a los que carecen de conciencia, a los que ignoran su sentido existencial; a aquéllos que no se preguntan si su vida vale la pena ser vivida. A ellos consagra su ternura y su pasión y para ellos querría la luz que transforme sus espíritus y toque la grandeza que efectivamente tienen sus almas. (Una de las más logradas traducciones de *Tierra de Hombres* es la que realizó Hernán Díaz Arrieta, el famoso crítico chileno que firmaba con el seudónimo de Alone). Pero, donde aparece con mayor claridad, extensión y profundidad el pensamiento del escritor francés es en su obra póstuma, *Ciudadela*. Luis López nos mostró que *Ciudadela* no era en absoluto algo que pudiéramos poner junto a esos monumentos de la literatura filosófica, como son la *Metafísica* de Aristóteles, *Las Críticas* de Kant, la *Lógica* de Hegel o las *Investigaciones* de Husserl. Ni juzgado con la misma vara o medida.

Pronto supimos -como decía José Gandolfo- que teníamos entre las manos además otra cosa, a saber, una palabra capaz de arrancarnos de esa cotidianeidad opaca y rutinaria que a veces nos atrapa, y elevarnos y convertirnos a un espacio abierto donde nuestras existencias personales sintieran el gozo y la pasión por vivir.

3 OCHOA D., Hugo Renato, “Homenaje al profesor Luis López González”, en *Correo Universitario*, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1996, págs. 30-33

4 SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, *El principito*, Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.: Barcelona, 2000

5 SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, *Tierra de hombres*, Buenos Aires, Editorial Troquel.

Ciudadela tenía la virtud de transformarnos y transformaba la existencia toda. Pero ese, su poder, su alquimia, no era fácil de extraer del texto. El que tenía el poder de atravesar los símbolos y desentrañar sus secretos era justamente ese hombre que las encarnaba en sus gestos y acciones y las revelaba en súbitas y fulgurantes sentencias. Luis López se había apropiado de la sabiduría que encerraba ese libro de sabiduría que es Ciudadela. Nosotros mientras tanto, seguíamos admirados de las palabras y acciones del maestro y en nuestra desazón admirativa -por no poder asir de la misma forma esa sabiduría fortificante- optábamos por leer y releer hasta aprendernos de memoria las páginas de ese texto mágico.

2-

*Ciudadela*⁶ como obra no sólo es una reflexión de tópicos interesantes como la hermosa “plegaria de la soledad” (capítulo 124); el dolor humano (capítulos 19 y 27); la libertad como ejercicio del alma (capítulos 95 y 99); el amor, la mujer y la relación entre ambos (capítulo 203); la parábola de los jardineros, que trata del amor por el oficio (capítulo 219). Ciudadela contiene un pensamiento, una mirada sobre el mundo y el ser humano y su resultado es un modo, un estilo de encarar la vida; estilo que se da en una atmósfera poética. Saint Exupéry apela a la grandeza que importa de suyo la condición humana.

Ciudadela sintetiza como obra no sólo el pensamiento de su autor sino expresa un estilo poético consolidado y que se vislumbra en cualquiera de sus escritos. Ahora bien, si hablamos de manera técnica, no estamos frente a una obra de literatura, ni ante un tratado de filosofía, sino -en palabras de José Gandolfo- un poema didáctico, o más exactamente estamos ante una obra de sabiduría.

Y ¿Cuál es el hilo conductor que anuda los temas y les da continuidad y dirección, desde el punto de vista del pensamiento?

Creemos que la mejor fórmula que lo expresa es lo que podemos denominar una “poética de la casa”, o bien una “poética del habitar”. Al inicio del capítulo tercero de *Ciudadela*, el autor afirma: “*Porque he descubierto una gran verdad. A saber: que los hombres habitan y que el sentido de las cosas cambia para ellos según el sentido de la casa*”⁷.

Hombre, habitar y sentido se reúnen para designar lo que aquí se llama una “gran verdad”. La afirmación resulta a primera vista sorprendente porque, en efecto, ¿qué afirmación puede ser más trivial y obvia que aquella que se limita a recordarnos que los hombres habitan una casa?; ¿cómo se puede llegar a calificarla de gran verdad? Las dudas que estas interrogantes plantean se disipan si -recordando aquí las reflexiones heideggerianas acerca del hombre- entendemos el habitar no en cuanto una actividad humana entre otras, como podrían ser el comer, el dormir o el pasear, sino en cuanto ella designa la esencia misma del hombre. Esta dimensión -aunque original- ciertamente no es nueva; los griegos primitivos hablaban del habitat humano que derivó finalmente en el ethos y cuyo significado más radical está referido precisamente a aquello más propio y privativo del ser humano. Ahora bien, el hecho de que el hombre habite una casa señala a éste en su esencia y, desde esa perspectiva, su descubrimiento remite a una gran verdad. Y, agreguemos, el hombre habita su esencia cuando las cosas que cobijan su casa tienen un sentido. Ese sentido que hace que las cosas sean propiamente tales, es decir, no simple suma de objetos dispares, sino reunión de los mismos configurando la unidad de un rostro, la simpleza de

6 SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, *Ciudadela*, Alba, Barcelona 1997.

7 SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, *Ciudadela*, Alba, Barcelona 1997.

una arquitectura como lo son por ejemplo una catedral frente a piedras simplemente amontonadas o un dominio frente a la suma de animales, establos y pastizales.

Ese *nudo divino que anuda las cosas* hace que ellas dejen de ser objetos que están arrojados simplemente ahí adelante, indiferentes e indiferenciados y pasen a ser conjuntos que pesan en el corazón del hombre que entonces los habita como su mundo. En efecto, entonces y sólo entonces la tierra deja de ser un desierto y se abre un mundo, es decir, extensiones imantadas de las cuales podemos aproximarnos o alejarnos, líneas de fuerza que hacen que nuestros pasos se detengan o se apresuren. En otras palabras, las cosas no sólo informan los cálculos de la inteligencia, que siempre analiza y divide, sino que hablan al corazón y de modo eminente al espíritu, pues *“bien he comprendido que el espíritu domina la inteligencia, porque la inteligencia examina los materiales, pero, solamente el espíritu ve el navío y puede conducirlo”*.